

mada con la fragancia de todas las virtudes la vestidura nupcial de nuestra alma, para que el divino Isaac *la bendiga* (1) *con bendiciones de dulzura* (2) que la habiliten y dirijan y ayuden á progresar en el camino de la perfección á que aspira!... Y esta es la segunda virtud necesaria para recibir con fruto la santa comunión: la

*Pureza de conciencia.* Tratando el profeta David de edificar el maravilloso templo de Jerusalén, decía á los príncipes de su nación: *Grande es la empresa, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios* (3); y en ese templo se había de poner el Arca, y en ella el maná, figura admirable de la Eucaristía. Pues, ¿qué hemos de pensar de la preparación y adorno del templo de nuestro corazón (4) en que ha de hospedarse el mismo Dios?... Dícenos Santa Teresa de Jesús que, deseando una gran sierva de Dios comulgar cada día, mostrándola el Señor un globo hermosísimo de cristal, la dijo: «Cuando tu alma esté como este cristal, entonces lo podrás hacer; pero luego, añade la santa, la dió licencia para ello» (5). Y ¿quién de nosotros será tan afortunado que logre conservar su alma limpia como el cristal, envueltos como andamos en tanto cieno y en tanta basura? ¿*Quién osará decir*, pregunta el Sabio: *Mi corazón está limpio, libre estoy de todo pecado?* (6). Hermanas mías: no creamos que Dios haya querido con este ejemplo dificultar ni mucho menos apartar de la comunión á sus queridas esposas, las almas que le desean y le aman. Muy al contrario, y la prueba está en que Él mismo nos dice en el libro de los Proverbios que *tiene sus mayores delicias en estar con los hijos de*

(1) Génes., XXVII, 28.

(2) Psal. XX, 4.

(3) I. Paral., XXIX, 1.

(4) I. Corinth., III, 16.

(5) Pater noster, petic. 4.<sup>a</sup>, núm. 20.

(6) II. Paralip., VI, 36; III. Reg., VIII, 46; Prov., XX, 9; Ecclesiast., VII, 21; I. Joann., I, 8.

*los hombres* (1), y desea tanto nuestra compañía, que amenaza con el fuego del infierno á quien no se acerque á comulgar, debidamente dispuesto: *En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis mi carne* en el Sacramento del Amor, *no tendréis vida en vosotros*, moriréis eternamente (2). Nosotros cumplamos lo que nos dice San Pablo: Quien quiera comulgar dignamente, escribe el Apóstol, *PROBET SEIPSUM*, examínese antes, y si halla pura su conciencia, coma ese sagrado Pan (3), que este es el traje nupcial necesario para entrar sin sacrilegio en la sala del festín. «Con esta pureza, dice San Juan Crisóstomo, acercaos siempre á la sagrada mesa; pero sin ella, jamás».

Tomando esto en cuenta, ¿bastará para comulgar dignamente el tener libre la conciencia de pecado grave?—Bastará, como queda dicho, para no comulgar indignamente; bastará para no cometer un sacrilegio. Quede esto para los cristianos en general. Pero tratándose de personas que comulgan cada día porque aspiran á la perfección, ¿será suficiente preparación el estar libres de pecado grave?—No, responde San Ligorio, porque estas almas que constituyen en la tierra la porción escogida del Señor; estas almas que se sientan diariamente á la mesa del Esposo, además de estar libres de todo pecado grave y aun del afecto al pecado leve, deben esforzarse en luchar contra las malas inclinaciones, á fin de que no levanten cabeza y progresar cada día en las virtudes. «Cuando ha llegado el alma, dice el santo, á un alto grado de perfección, y dedica algunas horas á la oración mental, y ha vencido además, añade San Francisco de Sales, la mayor parte de sus malas inclinaciones, entonces puede comulgar cada día» (4), y «esta es, en sentir de San

(1) Prov., VIII, 31.

(2) Joann., VI, 54.

(3) I. Corinth., XI, 28.

(4) Comun. frecuente. Opúsculo, párr. 3.<sup>o</sup>; Vida devota, parte 2.<sup>a</sup>, cap. 20.

»Próspero, la perfección que puede lograrse en esta vida, »contando con nuestra nativa flaqueza».

Bien mostró Jesucristo la pureza de corazón que exigía para recibir dignamente este Sacramento, cuando quiso limpiar y lavar Él mismo los pies de sus discípulos antes de dárselos en manjar, dando á entender con ello, dice San Bernardo, que aunque basta para comulgar el estar libre de pecado grave—como libres de él estaban los once apóstoles,—pero tratándose de almas tan allegadas y familiares de Cristo—como eran los apóstoles y lo son todos los que comulgan cada día,—conviene que se purifiquen de los veniales, simbolizados en el polvo que se adhiere á los pies. «Hízolo así Jesucristo, dice el Doctor Angélico, para manifestarnos la suma limpieza que debemos procurar cuando recibimos en la comunión al Cordero immaculado» (1). Y así, quien tratando de perfección, rehusare lavarse los pies, esto es, evitar con diligencia el pecado leve voluntario, *no tendrá parte con Cristo*, como Él mismo dijo á Simón Pedro (2), es decir, no recibirá en la comunión la parte especial de gracias y mercedes reservada para las almas fervorosas, mortificadas y bien dispuestas. Y añade San Dionisio Areopagita—corroborando la doctrina de San Ligorio—que no sólo de los pecados veniales, sino también de las demás faltas é imperfecciones pide el Señor limpieza con este ejemplo.

Hay pecados veniales, hermanas mías—y digo esto para evitar ansiedades y congojas,—hay pecados veniales que permiten la comunión diaria, y los hay que la impiden. Los pecados que no tienen otro origen que la fragilidad humana, más bien que la voluntad de cometerlos, en vez de hacer peligroso el uso frecuente y aun diario de la Eucaristía, lo hacen en extremo útil y saludable. Los que cometen estos

(1) Pars. 3, q. 83, art. 1 ad 5.

(2) Joann., XIII, 8.

pecados los deploran con toda su alma, evitan cuidadosamente las ocasiones, combaten con valor las tentaciones y lloran las recaídas. Éstos deben acercarse al altar profundamente humillados y Jesucristo los recibirá con todos los tesoros de su misericordia para derramarlos con profusión en sus almas, pues ha asegurado que *nunca despreciará al corazón humilde y contrito* (1). Cuanto á los pecados leves que se cometen con madura reflexión y libre voluntad, los que se cometen sin remordimiento y se confiesan sin disgusto, ¿pueden ser compatibles con la santidad que exige la recepción diaria de la Eucaristía? De ninguna manera. Así que, para poder acercarse todos los días á recibir este augusto Sacramento, son necesarias disposiciones mucho más perfectas de lo que puede esperarse ordinariamente del común de los fieles. Débense hacer esfuerzos, dice San Ligorio, para vivir vida verdaderamente espiritual y evitar en lo posible los pecados veniales y prepararse con exquisito cuidado para acción tan santa; porque acudir todos los días á la fuente de toda santidad y no salir de ella más santos, ó proseguir viviendo con flojedad y tibieza, merecería calificarse de irreverencia grande; esto no sería honrar á Cristo. Con razón dice el piadoso Padre Nieremberg que «á la comunión debiera preceder el purgatorio» (2), para que no quedase en el alma ni la más ligera sombra de mancha; y es muy justo que brillen con esta pureza de conciencia las almas religiosas tan familiares de Cristo, que se sientan todos los días á su mesa y le acompañan á todas partes, y á las cuales pueden aplicarse las palabras del libro tercero de los Reyes: *Dichosos tus siervos que están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría* (3). Pero hay otra virtud que las resume todas

(1) Psal. L, 19.

(2) Adoración en espír., lib. 3, cap. 11.

(3) III. Reg., X, 8.

y constituye á la vez la más excelente disposición para recibir con fruto este divino Sacramento. Esta es la caridad, el

*Amor.* En este Sacramento ha mostrado Cristo el amor que nos tiene y el que desea le tengamos. No pudo sufrir su excesiva caridad (1) el dejarnos huérfanos (2) en la tierra, y halló un medio maravilloso para enlazar con su vida mortal la vida eucarística, instituyendo el Santísimo Sacramento. Allí le tenemos hecho nuestro compañero de peregrinación en este destierro, convertido en sabroso Pan del cielo (3) que nutre y vigoriza, abrasa y consume (4) las almas que le desean y le aman. Allí le tenemos sujeto á innumerables humillaciones, irreverencias, desatenciones, insultos y sacrilegios; todo lo arrostra, todo lo sufre este finísimo Amador con paciencia infinita, á trueque *de estar con nosotros* (5) *hasta el fin del mundo* (6), y desde este trono de magnífica gloria concedernos todas las gracias que concedía en su vida mortal á los que á Él se acercaban con fe y confianza (7). Amor es lo que pide en cambio del amor que nos da, puesto caso que todo lo que ha obrado y padecido lo ha encaminado á despertar en nosotros su amor, de manera que todos sus beneficios, todas sus dádivas son como despertadores del amor que le debemos. *¿Qué piensas que pide tu Señor y tu Dios, dice el profeta Miqueas, por lo que por ti ha hecho? No otra cosa sino que le ames* (8). ¡Y que haya todavía quien no os ame, Jesús mío!... ¡que haya quien os ofenda!... ¿Qué beneficio agradecerá quien éste no agradece? ¿Cómo no amar, hermanas mías, á quien así nos amó, y así nos buscó, y así nos remedió?... Razón tuvo San Pablo para exclamar trans-

(1) Ephes., II, 4.  
 (2) Joann., XIV, 18.  
 (3) Joann., VI, 31.  
 (4) Deut., IV, 24.

(5) Prov., VIII, 31.  
 (6) Matth., XXVIII, 20.  
 (7) Act., X, 38.  
 (8) Mich., VI.

portado por el amor: *Quien no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado* (1).

Atrévome á decir que, exceptuando á la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, difícilmente hallaremos un corazón más encendido en amor de Dios que el de María Magdalena. *DILEXIT MULTUM. Amó mucho*, dijo Jesucristo, aludiendo á esta dichosa mujer (2). No la preguntó, como á Pedro, si le amaba, porque las obras de esta penitente afortunada testificaban con elocuencia el apasionado amor que henchía su corazón y abrasaba sus entrañas. En apurado trance nos veríamos nosotros, hermanas mías, si tuviéramos que responder á esta pregunta de Jesús: «¿Me amas, hija mía?» ¡Qué dichosos seríamos si pudiéramos afirmar con la veracidad de Simón Pedro: *¡Señor, tú que lo sabes todo, sabes también que te amo!* (3). ¿Dónde está, hermanas mías, ese amor intenso, ese amor puro, constante y desinteresado que por tantos títulos merece Jesucristo y que á todos nos pide con indisputable justicia?... Llamamos á Jesús Esposo á boca llena, y lo es en efecto, y por tanto debíamos amarlo con toda el alma, y no obstante... no me atrevo á asegurarlo, porque no puedo suponer que Jesús tenga en este punto la más liviana queja contra alguna de vosotras. No quiero suponerlo, hermanas mías; pero si de ello tuviera el menor indicio, yo me atrevería á suplicarla—como suplico á todas vosotras rendidamente—que, avivando la fe y abierto el corazón á las suaves influencias de la gracia, escuchéis, confundidas y anonadadas, estas súplicas tiernísimas que con ardor anhelante os dirige hoy Jesús, el más celoso de los esposos: *Dame, hija mía, tu corazón* (4) con todos sus amores. ¿Por ventura no lo merezco? ¿No soy el mismo á quien tanto amabas en los primeros

(1) I. Corinth., XVI, 22.  
 (2) Luc., VII, 47.

(3) Joann., XXI, 17.  
 (4) Prov., XXIII, 26.

fervorosos años de tu profesión religiosa?... Mira que *estoy á la puerta de tu corazón y llamo* (1). *Ábreme, hermana mía, amiga mía, esposa; porque está llena de rocío mi cabeza, y del relente de la noche mis cabellos* (2). Si escuchas mi voz y me abres las puertas de tu corazón, entraré en él y te sentaré á mi mesa, y *te daré á gustar el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes* (3), porque los hace puros, castos, incorruptibles é inmortales (4), y *beberás de él hasta saciarte*, y te diré todos mis secretos, y *te desposaré conmigo para siempre* (5). ¡Hermanas mías!, corazón de bronce debe de tener quien al escuchar estas frases tan divinamente amorosas, no cae rendido á las plantas de Jesús para decirle, conmovido y balbuciente: «¡Oh Jesús, amante y amado mío! ¿Por ventura no eres tú el único dueño de mi corazón? ¿Por qué, pues, esperas mi beneplácito para entrar en él, si es tu propia casa?... Rompe, Jesús mío, los cerrojos y derriba las puertas que he tenido cerradas hasta hoy; entra y apodérate de mi alma, que tuya es, á imagen tuya la criaste (6), *con tu sangre la redimiste* (7), con tu vida la compraste, te pertenece por derecho propio. ¿Quién para entrar en su casa necesita de ruegos y de súplicas?...» Y no obstante, hermanas mías—doloroso es decirlo,—harto reducido es el número de los que responden como deben á este tiernísimo llamamiento. Así lo dijo Jesús en cierta ocasión á Santa Teresa: «¡Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad!; que si me amasen, no les encubriría mis secretos!» (8).

Una de las almas que mejor correspondieron al amor de Jesús—como antes he indicado,—una de las almas que abrieron de par en par las puertas de su corazón y le recibieron

(1) Apocal., III, 20.

(2) Cant., V, 2.

(3) Zachar., IX, 17.

(4) Joann., VI, 55.

(5) Osee, II, 19.

(6) Génes., I, 26; Coloss., III, 10.

(7) Ephes., I, 7; Coloss., I, 4.

(8) Vida, cap. 40.

con amor más encendido, fué María Magdalena; por ello fué tan regalada de Cristo, y de ella debemos aprender á amarle como Él quiere ser amado. Miradla: con el corazón fatigado por el peso de sus pecados, que ya detestaba con toda su alma, pero impulsada á la vez por el amor inmenso que abrasaba sus entrañas, entra en casa del fariseo, donde estaba Jesús convidado, y sin hablar palabra—porque cuando el amor es grande no tiene palabras—derríbese á las plantas de Jesús, abrázase á aquellos pies santísimos, los baña con ardientes lágrimas, los unge con precioso perfume y límpialos con sus cabellos (1). Callaba Magdalena, pero hablaba su corazón diciendo con la Esposa: *He hallado al que ama mi alma; asido le tengo y no le soltaré* (2). «Heme aquí, Rey mío, »Esposo mío, bien y descanso mío, ya tengo tus pies, déjame aquí con ellos abrazada, que ya no quiero más gloria...» ¡Oh!, ¡qué ternuras y regalos pasaban del corazón de Magdalena al de Cristo y del de Cristo á la Magdalena!... Y ¿qué la vas á dar, Jesús mío, en premio de tanto amor? ¡Ah! Tú, Señor, no sabes dar sino mucho. Eres manirroto, porque te rompieron las manos en la cruz, y todo se te cae de las manos para que nosotros, mendigos, nos hagamos ricos con lo que á ti se te derrama. En premio de tan acendrado amor, la fueron perdonados todos sus pecados, y sabido es que *menos ama aquel á quien menos se le perdona* (3). Esto es amar como Dios quiere ser amado. Es verdad que Cristo alabó la fe del Centurión (4), y la confianza de la Hemorroísa (5), y la perseverancia de la Cananea (6); pero todos estos, dice San Juan Crisóstomo, buscaron á Jesús por su propio interés; pero Magdalena se arrojó á los pies de Cristo

(1) Luc., VII, 38.

(2) Cant., III, 4; S. August., Homil. 23; S. Gregor., Homil. 25, in Evang.

(3) Luc., VII, 47.

(4) Matth., VIII, 10; Luc., VII, 9.

(5) Matth., IX, 22.

(6) Matth., XV, 27; Marc., VII, 28.

con amor desinteresado, arrepentida de sus culpas y entregándole toda su alma. Este es amor puro: amar á Dios por Dios, sin otro incentivo que su divina bondad.

Veis aquí el amor con que debemos recibir en nuestro pecho á Jesús Sacramentado; abrasados en este amor han comulgado los Santos, y por ello ha obrado Dios en sus almas tantas maravillas. Y si no tenemos este amor, acerquémonos profundamente humillados, arrastrándonos por el suelo como viles gusanillos y suplicando á Jesús que nos haga dignos de recibirle, diciéndole: «Ven, vida mía, mi  
»único bien; ven, que yo quiero consolarte y reparar cuantos ultrajes y menosprecios sufres por mi amor en ese Sacramento. Magdalena, anegada en llanto, cayó de hinojos  
»á tus pies, los bañó con sus lágrimas, los ungió con perfumes y después los enjugó con su abundosa cabellera que á  
»tantos corazones tenía seducidos; mas esto aún no satisface  
»á mi amor; yo quiero amarte más. No me contento con que  
»estreches tus benditas manos con las mías temblorosas, ni  
»que reclines tu cabeza sobre mi conmovido pecho; ven á  
»unirte conmigo para siempre, ¡para siempre!, pues ya tengo  
»mi corazón abierto para recibirte; entra en él, vida mía; ahí  
»reposarás en paz (1). Y si algún día, ¡no lo permitas, Jesús mío!, si alguna vez te ha de ser infiel, arráncalo de mi  
»pecho, pues no lo quiero; pero no me dejes sin corazón; dame el tuyo—como se lo diste á tu amada esposa Catali-  
»na de Sena (2)—para que logre amarte como mereces en  
»esta vida, y consumida por el fuego de este amor, volar á  
»las mansiones de la gloria para continuar amándote con los  
»ángeles y bienaventurados». Si hacemos esto con viva fe, yo os aseguro, dice el Bienaventurado Juan de Ávila, que comulgaréis con fruto.

(1) Psal. IV, 9.

(2) Vida, part. 2, cap. 7.

Después de haber comulgado, no perdamos tan buena sazón de negociar, pues no suele su Majestad pagar mal la posada, dice Santa Teresa, si le hacen buen hospedaje (1). Aprovechemos esos preciosos momentos, hermanas mías; cerrados los ojos del cuerpo, abramos los del alma y miremos á Jesús con amor. Si no nos faltan palabras—y hartas veces nos sobran—para hablar con otras personas, ¿por qué nos han de faltar para hablar con Dios? Consolémonos con Él, y Él se consolará con nosotros, porque en el mundo tiene muy pocos que amen tan dulce compañía; y si acostumbramos á hacer esto cada vez que comulgamos, dice la santa, procurando tener limpia conciencia, tanto podemos desear verlo, que se nos descubra del todo (2).

Por último, traigamos todo el día este pensamiento: «Al Señor recibí; á su mesa me senté y mañana estaré con Él»; y con esto *huiremos el mal y practicaremos el bien* (3), y Dios bendecirá nuestros esfuerzos en esta vida y los premiará en la otra con la eterna contemplación y goce de su embelesadora hermosura (4).

(1) Camin. de perf., cap. 62.

(2) Camin. de perf., cap. 34.

(3) Psal. XXXVI, 27.

(4) Psal. XLIV, 3; I. Corinth., XIII, 12; I. Joann., III, 2.

